Diccionarios latinos del XIX

(Del Valbuena al Raimundo de Miguel)

En la estela de Forcellini

La culminación en 1771 del léxico de Forcellini dio lugar a una general renovación de la lexicografía latina, que se reflejó en la aparición de diccionarios en las principales lenguas. Quizás fue en España donde se publicó uno de los primeros compendios léxicos (o el primero de todos) que se derivaron de la edición príncipe de la monumental obra del laborioso, competente y sufrido clérigo paduano. Fue el *Diccionario universal Latino-Español* de Manuel de Valbuena, impreso en Madrid en la Imprenta Real, en 1793. La obra tuvo tan buena acogida como severas críticas recibiría luego, especialmente después de la muerte del autor.

Valbuena murió en 1821 y dos atrabiliarios y peleones personajes se disputaron acremente los despojos del éxito de su obra con los «Valbuenas reformados», que salieron a luz con tan malos modales en sus respectivas presentaciones como buena fortuna editorial. Entre 1832 y 1865 se habían publicado hasta veinticuatro ediciones de estos diccionarios arreglados. Son los de don Vicente Salvá: «Nuevo Valbuena o Diccionario Latino-Español» (París, 1832 y 14.ª edición, París, Garnier, 1865) y de M.D.P. Martínez López, «Valbuena Reformado, aumentado, etc.» (París, 1851, 10.ª edición, Madrid, 1865).

Del Valbuena originario había habido ya tres ediciones antes de 1808, cuando la invasión francesa y la guerra de la Independencia interrumpieron por cuatro largos años la vida normal del país, «cesando casi del todo, entre otras cosas la concurrencia a los estudios». Tales son las palabras textuales de la dedicatoria al rey con que Valbuena encabeza la cuarta edición del año 1819, última de las preparadas por él. (Un dato muy significativo de los enormes

Universidad Pontificia de Salamanca

daños que produjeron en la economía y en la industria nacional las destrucciones de la Guerra de Independencia, es ofrecido por el hecho de que los Valbuenas reformados se imprimieran en París y que la calidad del papel y de la impresión misma de la edición antes mencionada —la cuarta del Valbuena original— de 1819, realizada en la misma Imprenta Real que las otras, sea muy inferior en tipografía y papel a las anteriores a la invasión francesa).

Valbuena reconocía que había tomado como modelo la obra de Forcellini (aunque después don Vicente Salvá le contradiga), hasta el punto de que «a excepción de algunos ejemplos muy raros, de algunas acepciones o frases... viene a ser mi Diccionario el de Forcellini, menos voluminoso, ...reducidos los lugares de los autores,... abreviadas sus definiciones...». Pero «de voces no falta ninguna como no haya sido por descuido». Otra de las fuentes de inspiración de Valbuena fue el Diccionario latino-francés de Boudot. El mismo Salvá, siempre tan severo con Valbuena, diría que don Manuel se había limitado a traducir esta obra.

Respecto de otros Tesauros o diccionarios españoles anteriores, se distingue el de Valbuena —según su propio compilador—, entre otras cosas, por el rigor del orden alfabético, en lugar de agrupar en bloques las voces simples y las derivadas, como habían hecho anteriores lexicógrafos españoles. (Realmente esas reagrupaciones de las palabras de una misma familia no habían sido una ocurrencia de los hispanos Salas y Rubiños, sino de Robertus Stephanus o Ettienne, en la primera mitad del siglo XVI. Los vocabularios anteriores a Stephanus, como el castellano de Lebrixa o Nebrija, o el itálico de Calepino, se ajustan a lo que el humanista andaluz había llamado el orden del *abc*, o sea el alfabético).

Los Valbuenas reformados

Los continuadores o reformadores del Valbuena, enemigos acérrimos entre sí que se combaten e insultan desde los prólogos de sus respectivas obras, publicaron sus léxicos hispano-latinos en París, como se ha dicho, entre los años de 1838 y 1861 (la de Martínez López del 65 está impresa en Madrid). No parece que ni el «Nuevo Valbuena» de Salvá ni el «reformado» de Martínez hicieran ninguna aportación particularmente novedosa. El segundo de ellos, alcanzó a manejar y quizá a utilizar la primera edición del *Dictionnaire* de Quicherat (1844). En la suya de 1865 menciona también a Freund y a Theil. Pero, al final, como concluye el propio

Universidad Pontificia de Salamanca

autor, casi todo está en Forcellini, salvo tal vez los modos de compendiar o resumir los artículos del sabio italiano.

Pero si el diccionario original de Valbuena tenía, como se vio después, numerosos errores e impropiedades —más en la corrección de la versión castellana que en la comprensión de la voz latina original—, los reformadores no consiguieron enderezar la situación sino que contribuyeron a agravarla, incrementando muy particularmente el número de los galicismos.

Léxicos en otras lenguas

En la estela del Lexicon de Forcellini había aparecido en Alemania el diccionario de Wilhelm Freund (años 1834 y ss.) y en Francia el de Quicherat (1844), seguido por Daveluy y después por Theil. El primero de estos dos se presentaba como un compendio o abreviación de la obra italiana. El de Quicherat en realidad también lo era, aunque descansara más —y cómodamente por cierto— en la tradición lexicográfica francesa precedente, desde Robert Estienne hasta Boudot y Noel. Pero el Freund, que se había elaborado sobre la tercera edición de Forcellini (la de Furnaletto), quizá dispuso también de información de las rectificaciones o ampliaciones preparadas para las que serían la quinta y sexta edición del Forcellini original.

Prueba de la calidad del Freund y del aprecio con que se le acogió, fue su pronta traducción al inglés, en los Estados Unidos, por obra del latinista de Harvard, E.A. Andrews.

El Freund-Andrews latino-inglés se había publicado en Nueva York en 1850 y muy pronto fue el diccionario latino más empleado en países de habla inglesa hasta la aparición, en 1879, del conocidísimo «Lewis and Short». Este famoso diccionario fue presentado por Lewis como una «revisión ampliada y en gran parte reescrita» del anterior Freund de Andrews.

El Lewis-Short acabaría siendo una obra independiente, porque en una primera revisión del Andrews (es decir el Freund en inglés) sus autores concibieron tantas modificaciones que no tenía sentido ya seguir con los esquemas del modelo, ni con su nombre, aunque por cortesía editorial se le mencionara.

Los españoles Morante y de Miguel

Algo semejante a la obra de Lewis y Short es lo que habían hecho en España, y en castellano, doce años antes, los notables

Universidad Pontificia de Salamanca

latinistas Raimundo de Miguel y el Marqués de Morante, de nombre don Joaquín Gómez de la Cortina, nacido este último, en México todavía español, en 1808, y fallecido en Madrid en el 68, al año de la publicación del diccionario preparado por él en colaboración con el latinista burgalés por cuyo nombre es habitualmente conocida la obra.

Raimundo de Miguel era un humanista natural de Burgos, catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de San Isidro el Real de Madrid, autor de gramáticas latinas y castellanas, manuales de Retórica, de Poética y otros libros escolares o de erudición. Morante era un prócer nacido en México, de nombre Joaquín Gómez de la Cortina, catedrático de la Universidad de Madrid y por dos veces Rector de ella, extraordinario bibliófilo, y muy notable jurista y sobre todo especializado en la Filología Clásica, científica ya, de entonces.

El «Nuevo Diccionario», publicado a expensas del Marqués de Morante, se presentó desde su mismo prólogo como una empresa continuadora y renovadora de la de Manuel de Valbuena, a quien se elogia en términos altamente ponderativos, y, al mismo tiempo, como una rectificación, que se consideraba indispensable, de los errores de los «Valbuenas reformados» mencionados antes. En estos dos, los cuidadosos autores del «Nuevo Diccionario» habían encontrado errores de alfabetización y de prosodia, otros, numerosos, de interpretación y de citas y remisiones. También descubren descuidos de escritura, galicismos, etc. Sólo las faltas reseñadas en el prólogo de «Nuevo Diccionario» son casi dos centenares, y una revisión comparativa de esa relación con los dos léxicos de Martínez López y de Salvat (los dos «Valbuenas reformados») permite repartir aproximadamente por igual entre ambos los errores denunciados.

Los autores del «Nuevo» manifiestan que había que remediar tanto las deficiencias de los «reformados» como las que ya existían en el Valbuena original. Maduraron el proyecto durante algunos años y finalmente lo pusieron por obra.

Pensaron que había que dar un lugar, por sumario que fuera, a la etimología, y fijaron su atención de modo particular en el verbo —en su sintaxis—, en las partículas, locuciones y modismos. (En relación con las partículas remiten especialmente al tratado del jesuita italiano del siglo XVI Tursellini, puesto de actualidad entonces por el compendio del profesor de Jena Fernando Hand, del que Morante tenía en su biblioteca numerosos estudios y monografías).

Universidad Pontificia de Salamanca

Disponían R. de Miguel y Morante de la espléndida biblioteca del Marqués, en cuyos estantes se alineaban no sólo todos los autores antiguos y medievales, sino muchísimas monografías e investigaciones en su mayor parte alemanas.

Mencionan entre su bibliografía gran número de diccionarios, desde el Catholicon de Balbis (s. XIII) hasta el Freund calificado de magistral, Theil, Quicherat y muy particularmente el Forcellini en su última revisión. No llegaron a consultar más que las primeras entregas de las reediciones del Forcellini que habían empezado a publicar Francesco Corradini y Vincenzo De-Vit en Padua y Prato, respectivamente, que aparecían entre los años 1864 y 1890, la primera, y entre 1857 y 1892 la segunda. (En 1866 estaba ya de Miguel en Leipzig, trabajando en la Brockhaus en la impresión y corrección de la obra).

El diccionario latino-español de R. de Miguel y Morante es un libro excelente y que todavía a estas alturas no ha encontrado otro semejante en lengua castellana que lo pueda sustituir: un rasgo más que comparte con el de Lewis y Short.

Los autores trabajaron sobre una amplísima panoplia que reunía la mayor parte de los léxicos latinos, que mencionan con detalle con la curiosa excepción de Andrews, al que quizá consideraban como una mera versión al inglés del de Freund. El lugar de honor corresponde siempre a Forcellini. La biblioteca de Morante, que se dispersaría a su muerte, era riquísima: su catálogo, impreso en tiempos del propietario, comprendía ocho volúmenes, a los que se añadieron después de su fallecimiento dos más complementarios.

De Miguel y Morante recogieron las 70.212 voces que según la cuenta que hacían ellos se hallaban en el léxico de Valbuena más los de los reformados, y añadieron otras 9.241. Si fuera verdad que Valbuena, como aseguraba él mismo, había reproducido todos los lemas léxicos del Forcellini originario, y los números de los nuevos lexicógrafos son correctos, el de R. de Miguel y Morante sería el más nutrido diccionario latino del siglo hasta la aparición del Lewis-Short.

El Diccionario de R. de Miguel y Morante se imprimió en Leipzig, en la famosa tipografía de Brockhaus en 1867. Allí estuvo largos meses —quizá un año— el hispano de R. Miguel, atendiendo los requerimientos de la imprenta y de las pruebas desde el mismo taller como los humanistas del Renacimiento. Las tres sucesivas ediciones se presentan como corregidas y aumentadas, hasta

Universidad Pontificia de Salamanca

que de Miguel, que perdió la vista, se quedó inútil para el trabajo. Morante había fallecido en el 68, al año siguiente de la «príncipe».

Este diccionario también tiene errores. Hay numerosos pasajes citados en él que después la crítica textual hace que se lean de otra manera y contiene voces fantasmas que los editores después han eliminado de sus textos. Poseen sus versiones, en cambio, un español de alta calidad por la propiedad y riqueza del léxico y por lo ajustado de las expresiones.

Por razones de conveniencia editorial y quizá porque el público escolar a que iba dirigida la obra no lo necesitaba ni podía apreciarlo, al citar los testimonios (cosa que se hace en todos los artículos) sólo se mencionan los nombres de los autores, nunca las obras ni los lugares. Lo cual determina que desde hace más de cien años los latinistas españoles tengan que acudir al Lewis-Short, al Quicherat o al Georges, para saber en qué obra y en qué pasaje empleó Séneca el abstracto *conciliatura*, o Cicerón y Plauto el nombre femenino de autor *conciliatrix*. (Ejemplos evidentemente extraídos al azar al abrir los diccionarios).

Sólo hay que añadir respecto de los diccionarios que en 1867 el de Miguel-Morante estaba a la altura de los grandes diccionarios latinos europeos en cuanto a amplitud, información y propiedad; que sus autores, contra lo que tienden a pensar muchos españoles de hoy, se mantenían informados de los progresos lexicográficos y editoriales de otros países, y estaban en relación con ellos, y con colegas suyos. Ya cuatro años antes de la aparición del Diccionario, R. de Miguel y Morante habían mantenido en París una sonada polémica filológica con Quicherat y Theil, a propósito del texto de un fragmento de Afranio en cuya edición había errado manifiestamente Ribbeck. Lo que los españoles tenían era menos infraestructura. Theil y Quicherat publicaban en revistas de París, y los españoles tenían que imprimir por su cuenta unos folletos y, además, ocuparse de enviarlos a los sabios franceses.

ANTONIO FONTÁN
Universidad de Madrid

Universidad Pontificia de Salamanca